

La tradición oral

Aunque el enfoque hacia este fenómeno ha sufrido numerosas adaptaciones y modificaciones por parte de investigadores y expertos a lo largo de la historia, en las que la variabilidad y la forma de esta expresión del folclore han jugado un papel determinante, en este trabajo vamos a partir de la concepción de este hecho como un conjunto de literaturas orales que se manifiestan y engloban dentro de un contexto determinado, aceptando la posible existencia de tantos géneros como manifestaciones culturales pueda haber en el mundo, entre los que destacan los cuentos, las canciones y las epopeyas.

La tradición oral entre los nativos norteamericanos se remonta a los inicios de su expansión por el continente americano, acontecimiento que suele datarse con una edad aproximada de diez mil años, aunque las últimas investigaciones arqueológicas parecen indicar un poblamiento más temprano y existe cierta controversia al respecto. Este límite temporal, en cualquier caso, no debe, ni puede, condicionar la manifestación de la oralidad, puesto que esta es consustancial a la humanidad. Y es que, si la cultura nos hace humanos, la palabra es su elemento fundacional.

A este respecto es preciso remarcar que, aunque algunos pueblos nativos lograron desarrollar algún tipo de sistema de codificación de la información, ya fuera a través de pictogramas, elementos gráficos o un patronaje textil particular, por citar algunos ejemplos, se consideran fundamentalmente pueblos ágrafos por cuanto que su producción escrita ha sido nula o notoriamente inferior a su tradición oral desde su punto de vista histórico. De ahí que el presente trabajo se centre en esta última fuente, por cuanto que la diversidad literaria existente es sumamente rica y clarificadora, aunque, obviamente, ya no podamos hablar de elementos exclusivamente orales, sino de testimonios consignados y adaptados a las circunstancias y a la realidad actual.

En lo que respecta a las expresiones literarias de gran parte de los nativos norteamericanos, y que son las que sirven de referencia para esta obra, cabe explicar que giran en torno a los siguientes temas y elementos fundacionales: la creación del mundo; la transformación del universo; la llegada de los seres humanos a la tierra y el intento de dar respuesta a todos los fenómenos del cosmos y de los seres con los que estos conviven. En consecuencia, podemos apreciar dos tipologías narrativas bien diferenciadas y que responden a necesidades concretas de índole social. Por un lado, las historias del porqué y, por otro, las historias cosmogónicas.

La primera categoría, la del porqué, se caracteriza por procurar una explicación a los fenómenos naturales que despiertan la curiosidad o el asombro en el ser humano, mientras que las relativas al segundo grupo, las cosmogónicas, resultan consustanciales al carácter sagrado de las cosas, habiendo sido transmitidas de generación en generación hasta nuestros días. La oralidad se convierte así en el vehículo imprescindible del símbolo y de su mundo de significados; un acto que es celebrado y representado siguiendo unas pautas bien marcadas y definidas por quienes participan en dicha manifestación. No en vano, la

palabra es un elemento sagrado e inviolable para muchas culturas nativas.

A este respecto cabe señalar que las historias sagradas requieren ser contadas en un tiempo y lugar precisos, para evitar así que pierdan su carácter mágico y simbólico, elementos fundamentales de la cosmovisión nativo-americana, puesto que estas tratan de dar respuesta al origen sagrado de la vida. El estricto protocolo de algunas conversaciones diplomáticas así lo reflejan. Lógicamente, su carácter didáctico y moralizante resulta fundamental, aunque algunas narraciones también sirven para entretener, para lo que hacen gala de un claro y marcado carácter lúdico, como ocurre con algunos relatos de alto contenido sexual.

Son muchas las narraciones que se desvían de su propósito fundamental y recrean historias, reales o ficticias, que buscan la complicidad del oyente sin más propósito que la creación de un fugaz vínculo emocional entre las partes. Para ello suelen valerse de instrumentos musicales, como el tambor, que simbolizaba el latido del corazón, flautas y sonajeros de toda clase. En determinadas ocasiones, y con el fin de captar la atención del oyente, el narrador se caracteriza como los personajes de las historias que narra, imitando sus voces y sonidos, e incluso vistiéndose con pieles de oso, coyote, venado, bisonte o cualquiera de los muchos animales que participan de su amplia y vasta mitología, representando así una pieza más cercana al género teatral que al puramente narrativo.

Lógicamente, y a diferencia de los cuentos de tradición occidental, estos relatos no siguen el formato estilístico establecido por el canon literario, sino que los participantes pueden introducir modificaciones en la trama de la historia, cambiando significativamente su urdimbre, añadir personajes e incluso alterar su final, de ahí que hayan sufrido numerosas alteraciones con el paso del tiempo, y que las historias, tal como las conocemos hoy en día, difieran en gran medida de la versión original,

ofreciendo así una gran variedad y diversidad que trasciende lo puramente estilístico. Sin embargo, esto no suele atentar contra el núcleo central de la historia. Raras son las ocasiones en las que su base argumental se ve comprometida.

Por otro lado, es preciso recordar que el denominador común entre estas historias es su estructura cíclica, como fiel reflejo de su estilo de vida, cuya premisa fundamental es que todo ser vivo nace, vive, se reproduce y muere, repitiéndose este sagrado ciclo de manera ininterrumpida, salvo que algún acontecimiento altere el orden natural de las cosas y se origine un conflicto al que se le debe procurar una solución. Hoy en día podríamos ligar esta concepción existencial a una sólida conciencia ecológica, basada en la sostenibilidad, lo que no deja de reflejar lo mucho que como sociedad occidental nos hemos desviado de la realidad natural que nos rodea, priorizando los deseos individuales sobre el bien común, encarnado actualmente en el mal estado de salud de nuestros mares y océanos, como consecuencia de la abundancia de microplásticos y de innumerables vertidos nocivos que envenenan el líquido elemento que nos define como planeta.

Atendiendo a criterios estrictamente literarios, los cuentos y las leyendas que van a ser objeto de análisis pueden clasificarse según el estilo de vida de sus gentes, de la geografía e incluso del clima en el que viven, los alimentos que consumen y la forma de obtenerlos. Las tribus de cazadores de bisontes de las grandes llanuras narran cuentos muy distintos de los pueblos enclavados en los bosques templados, de igual modo que estos también se diferencian de las culturas más meridionales. Para las tribus del sureste, con una economía basada fundamentalmente en la agricultura y la recolección, la llegada del maíz y el ciclo estacional son vectores fundamentales de su narrativa, mientras que en los relatos de los pueblos pescadores del noroeste destacan los monstruos marítimos, los heroicos arponeros y los geniales constructores de embarcaciones. Las narraciones cosmogónicas ejercen aquí un papel fundamental.

De igual modo, todas las tribus tienen también narraciones que explican su realidad más inmediata, dando respuesta a preguntas referidas a la génesis de determinados accidentes geográficos, ya sean estos ríos, playas o montañas. Si partimos de la premisa de que todo elemento perceptible ha surgido o ha sido creado en algún momento de la historia, no es de extrañar que se intente evocar su origen mediante la palabra. En este caso, estaríamos ante narraciones del porqué de las cosas.

1.1. EL LENGUAJE DE LOS NATIVOS AMERICANOS

Es una idea muy común pensar que las sociedades ágrafas, o las basadas principalmente en la oralidad, tienen un lenguaje mucho más limitado y reducido que aquellas sociedades generalmente consideradas más desarrolladas. Esto no puede estar más lejos de ser verdad. De hecho, se estima que la consolidación de la escritura limitó significativamente la riqueza léxica de los idiomas, una circunstancia que, salvando las distancias, a día de hoy puede apreciarse en determinados contextos culturales, en los que la oralidad y la escritura mantienen diferencias insalvables. Partiendo de esta base, debemos desterrar la idea de que las culturas basadas en la oralidad sean menos avanzadas, desde el punto de vista lingüístico, que aquellas que cuentan con un sistema físico de codificación.

Por otro lado, y aunque existe una variedad significativa de áreas culturales y lingüísticas dentro del vasto territorio norteamericano, siendo el objetivo de este trabajo acercar al lector algunas de las producciones de distintos pueblos nativos, hablaremos de manera genérica e integradora, sin querer caer por ello en un asimilacionismo cultural mal entendido. Dicho esto, analicemos ahora algunos de los elementos y factores comunicativos más interesantes de algunos de los pueblos originarios de Norteamérica.

Las lenguas aborígenes del continente americano reflejan un gran parecido con las lenguas asiáticas, con las que comparten la fonética, el énfasis y el rechazo a la consonante explosiva labial. Los antropólogos dividen las lenguas de Norteamérica en dos grupos: las algonquinas y las iroquesas. Jean Brébeuf, en su estudio del lenguaje de los hurones, destacó las siguientes características: Los *montagnais* y los algonquinos tienen una letra que en inglés corresponde a «khi». La b, f, l, m, p, x, z y v, nunca han sido consonantes para ellos, la mayoría de sus palabras están formadas por vocales, no existen sonidos labiales. Usan con más frecuencia que nosotros los nombres compuestos y funcionan como la fusión de un adjetivo y un nombre. Por ejemplo, *andatarasé* significa pan fresco y *achitesi* significa pie largo. Tienen también género y número, utilizando declinaciones que siempre incluyen los pronombres posesivos en la composición de la palabra, por ejemplo, *iatacan* significa mi hermano, *aiatacan* mis hermanos, *satacan* tu hermano, *tsatacan* tus hermanos, *otacan* su hermano y *atotacan* sus hermanos. Un sustantivo se encuentra siempre acompañado de un pronombre posesivo. No pueden discriminar el sustantivo de su relación contextual tal y como ocurre en las lenguas de origen latino. No es menos importante destacar que se emplean dos tipos de verbos bien diferenciados, unos que sirven para designar cosas animadas y otros para objetos inanimados.

Como ya apuntábamos anteriormente, el sistema de comunicación de los nativos americanos es eminentemente oral, pero eso no impide la utilización de recursos y símbolos con un marcado componente pictórico, manifestando así una expresividad que excede la propia oralidad y se concreta en distintos soportes y materiales. Por otro lado, la utilización o alusión a elementos naturales es una constante, sirviendo así para contextualizar el mensaje e incorporar información relevante.

Esto puede apreciarse también en uno de los momentos más importantes en la vida de las personas, como es el caso de la

designación del nombre o de un sobrenombre alegórico, en el que el humor juega también un papel fundamental. Es preciso remarcar que en muchos pueblos y naciones, debido a su importante carga simbólica y mágica, su uso está limitado y condicionado a situaciones excepcionales. Además, en determinados casos, la utilización del nombre como función apelativa puede considerarse descortés. También está mal visto, e incluso prohibido, dirigirse directamente al suegro o a la suegra. Los motivos pueden estar más que justificados, pero no deja de ser una curiosidad digna de ser tenida en cuenta, especialmente por algunos.

En el caso de algunas tribus, estos nombres se otorgan tras el nacimiento o con la pubertad, sirviendo así de rito de paso, un elemento fundamental para cualquier sociedad, muy especialmente en momentos tan trascendentales a nivel psicosocial. Por lo general, el hombre medicina da este nombre poco después de que el niño comience a caminar y es responsabilidad de este estar a la altura del nombre, defenderlo y transmitirlo. Esta costumbre ancestral ayuda al niño a reconocerse dentro de la tribu y a portar con dignidad el nombre de sus antepasados. Los nombres de honor suelen componerse de un animal o fenómeno terrestre y el adjetivo que caracteriza a dicha persona.

Como norma general, son los miembros más venerados por la tribu, como los ancianos, los jefes o los hombres medicina, quienes pueden otorgar los nombres de honor, aunque esta situación también puede verse alterada si el padre o algún miembro destacado de la comunidad sueña con esa persona.

En lo que respecta a su uso, cabe precisar que, si se trata de un niño, el padre y la madre se refieren a él con el nombre habitual mientras que, en caso de ser una niña, esta recibe una sucesión de nombres relacionados con su niñez, posteriormente su pubertad y, a continuación, su edad adulta.

Tal y como se apuntaba previamente, los nombres pueden ir cambiando a medida que dicha persona logre éxitos o, por el

contrario, tenga experiencias negativas, en base a su evolución como persona. Por ejemplo, si el sujeto destaca por su rapidez, no es raro que se le otorgue el nombre del animal que también posea esta cualidad, portando por tanto el nombre de gamo o ciervo. Por el contrario, si este posee una cualidad negativa, un mote se ocuparía de significarlo, haciéndolo público y notorio, popularizándolo. Un ejemplo de esta práctica es la de un miembro de los *blackfoot*, conocido como «corta la carne con la cabeza gacha» por su gran avaricia. Para su desgracia, este calificativo lo acompañó hasta su muerte.

A continuación, podemos apreciar algunos nombres de honor extraídos de «El Explorador indio» de Charles Eastman (2001) otorgados en primer lugar a los hombres:

Sioux	Español
Wam-blee'-skah	Águila Blanca
Ta-tonk'-ah-sap'-ah	Bisonte Negro
Mah-pee'-yah-to	Cielo Azul
We-hin'-ah-pay	Sol Naciente
Chay-ton'-wah-koo'-wah	Halcón-que-ataca
Mah-kah'-skah	Tierra Blanca

Algunos elementos, como el fuego, se reservan solo para símbolos masculinos mientras que lo referente al agua, el viento o el cielo suelen ser portados por las mujeres, estableciendo así un dualismo de gran carga simbólica.

Sioux	Español
War-chah'-wasb-tay	Bonita Flor. Bella
Do'-wan-ho -wee	Voz Cantarina
E-ba'-wee	Muchacha Risueña
An-pay'-too	Día. Radiante
Wee-no'-nah	Hija Mayor. La que da pan, caritativa
Wee-ko'	Chica Bonita. Reina de la Manada

De todas formas, la mutabilidad del nombre a veces se ve alterada, como puede ocurrir al adoptar a un nuevo hijo para suplir la pérdida de otro. De hecho, en el pasado era común que algunos pueblos robasen los hijos y las hijas de otras naciones para criarlos como propios, lo que provocó numerosos enfrentamientos y conflictos, muchos de los cuales tuvieron un fatídico resultado. En estos casos, no era extraño que el hijo adoptivo recibiese el mismo nombre que el fallecido, debido a la presunción de que, de ese modo, ambos espíritus podrían compartir dicho cuerpo.

Desde pequeños, niños y niñas aprenden a guardar silencio y a escuchar lo que la naturaleza les dice. Con el tiempo, su lenguaje se torna muy expresivo, acompañándolo de gestos aiosos. Al igual que ocurre en cualquier otro idioma, el paralenguaje, la cinésica, la proxémica y la cronémica también son fundamentales para los nativos americanos.

La existencia de un lenguaje de signos compartido por distintos grupos lingüísticos favorece la comunicación en situaciones en las que los participantes no hablan el mismo idioma, como puede ocurrir a la hora de negociar o mercadear con otras tribus. De hecho, es especialmente reseñable que este lenguaje de signos posee una gramática y un léxico simplificado, empleán-

dose únicamente el presente de indicativo. También carece de conjunciones y preposiciones. Veamos algunos ejemplos de lenguaje de signos de los indios de las praderas:

1. **Expresar que prestas atención o que quieres formular una pregunta:** Alza la mano derecha con la palma orientada hacia el centro, muy separada del cuerpo, con el pulgar a la altura del hombro.
2. **Bueno de corazón:** Coloca la mano derecha extendida, próxima a la región del corazón, con el dorso hacia arriba y con un movimiento enérgico hacia delante y hacia la derecha.
3. **Invierno:** Mantén ambas manos cerradas y separadas delante del cuerpo, moviéndolas como si estuvieras tirando.
4. **Primavera:** Estira ambas manos hacia delante y hacia abajo, poniendo las palmas hacia arriba, con los dedos un poco doblados y muy separados, también se separan un poco las manos. Después, coloca la mano derecha delante del cuerpo, con el dorso orientado hacia la derecha, manteniendo los dedos cerrados, con el fin de que sólo se vea la punta del índice.
5. **La edad:** Haces el signo del invierno levantando los dedos. Los años siempre se calculan en múltiplos de diez. Para indicar cien años, se abren y se cierran los dedos de las manos diez veces.
6. **Hermano:** Tócate los labios con los dedos índice y corazón.
7. **Enfado (mente retorcida):** Coloca el puño de la mano derecha sobre la frente y retuércelo de derecha a izquierda.
8. **Expresar que estás contento (luz en el corazón):** Pon la mano derecha juntando los dedos, algo doblados, sobre la región del corazón. Dirige la mano izquierda, orientando la palma hacia abajo, hacia el lado izquierdo

del cuerpo, haciendo un movimiento giratorio, orientando a la vez la palma hacia arriba, como si se desplegara algo o se volviera del revés. La expresión facial debe ir en consonancia.

9. **Iniciar una conversación:** Alza la mano derecha poniendo la palma hacia fuera con el dedo pulgar separado, muy separada del cuerpo y a la misma altura que el hombro.
10. **Explorador** (también el signo del lobo): Extiende el índice y el corazón de la mano derecha, acércalos al hombro derecho y señala hacia arriba, para indicar orejas erectas.
11. **Mujer** (Pelo Largo): Baja las palmas por los costados de la cabeza, de los hombros y del pecho, dando amplitud a los brazos en movimiento.
12. **Pelea:** Mantén los dos dedos índice apuntando hacia arriba, un dedo frente al otro y un poco separados. Mueve el uno hacia el otro rápidamente, con un movimiento alterno.
13. **Sorpresa:** Tápatela boca con la palma de la mano derecha, abre los ojos completamente e inclina la cabeza ligeramente hacia atrás.
14. **Tristeza:** Cierra el puño y colócalo sobre el corazón, acompañado de la adecuada expresión del rostro.
15. **Valentía o fuerza:** Cierra con firmeza la mano izquierda delante del cuerpo, orientando el brazo izquierdo hacia la derecha y hacia delante. Coloca la mano derecha cerrada un poco por delante y por encima de la izquierda. Da un golpe hacia abajo, imitando el sonido de un martillazo.

A pesar de la riqueza lingüística de los nativos norteamericanos, impulsada por su conocimiento del entorno y su desarrollo del lenguaje no verbal, existe una amenaza real, como apunta Krauss (1992), de que 135 de las 155 lenguas originarias que aún son empleadas en Estados Unidos se extingan para siem-

pre. Según un censo realizado en 1990, más de un tercio de los pueblos nativos americanos cuentan con menos de 100 hablantes, de los cuales la gran mayoría emplean el inglés en el ámbito doméstico. El futuro inmediato de esas lenguas no puede ser más desalentador, por cuanto que con su pérdida desaparecerá también una forma única de comprender el mundo.